Tierra y Libertad

Número suelto: 5 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre . 1'00
Extranjero, " " 1'50

LA GUERRA EUROPEA Y LA REVOLUCIÓN RUSA

La guerra europea ha tomado últimamente un nuevo aspecto, y aunque un nuevo beligerante no europeo (los Estados Unidos yanquis) va a entrar en liza, según la determinación del Congreso de Washington, no obstante, todo hace creer que se entra ya al principio del fin de ella.

La retirada de los alemanes en el Norte de Francia, la revolución rusa con el destronamiento del zar, el descontento y cansancio de todos los pueblos afectados por el gran crimen guerrero y que se manifiesta mayormente en las naciones centrales con motivos aislados y continuos; hasta la decisión del presidente Wilson con su mensaje al Parlamento, todo ello son síntomas del fracaso de los grandes tiranos de las monarquías y del capitalismo de uno y otro bando, cuya ambición y sed de dominio no reparó en provocar la más enorme matanza de hombres, en cometer millones de crímenes.

La voluntaria retirada del ejército invasor en Francia, el abandono de sus posiciones, para llegar a las cuales tanto tiempo pelearon, tantos millones gastaron en artefactos destructores y tantas vidas sacrificaron, prueba que un motivo desfavorable les obliga a retroceder, y este motivo no puede ser otro que la disminución de sus recursos en hombres, tan pródigamente hasta ahora lanzados a la guerra donde hallaron la muerte y a donde fueron como borregos, peor que éstos, como estúpidos mentales tal vez superiores en esto a los rebañados de las otras naciones.

La revolución rusa es otro acontecimiento que viene a dar una nota discordante a la monotonía horrible de la guerra, y por lo tanto bella y esperanzadora. Bella, porque el socialismo y el anarquismo de los revolucionarios de Rusia, cuyo pueblo es despectivamente llamado inculto e incivil, ha dado una lección a otros pueblos llamados enfáticamente cultos y civilizados, y ha dado un ejemplo al socialismo alemán y al anarquismo francés, como así al sindicalismo de todas las naciones cuyo espíritu recibe de ambas escuelas sociológicas. Y esperanzadora, porque la revolución rusa no se ha detenido, y ha ido y va más allá de lo que a los Estados europeos y a la burguesía demócrata conviene, y porque es un alarmante síntoma de que lo que no aconteció al principio acontezca más tarde: convertir la guerra declarada y sostenida entre tiranos contra los pueblos, en revolución popular efectuada y sostenida por los pueblos contra los tiranos y contra todos sus privilegios.

La revolución en Rusia continúa; demuéstrole, a pesar de la escasez de noticias y lo *tendencioso* de éstas, que aquel gobierno provisional se ve obligado a transigir con los comités revolucionarios, a gobernar de acuerdo con las decisiones de la revolución, que no se para en reformas políticas.

Los mismos motivos habidos en Rusia para la revolución que derrumbó al zar en guerra con Alemania, los hay, y tal vez peores, en Alemania para derrumbar al kaiser y acabar así con la guerra. No confiamos mucho en ello por la idiosincrasia del pueblo alemán, pero los repetidos motines efectuados en algunas ciudades del Imperio, el continuo y creciente malestar, los acontecimientos desfavorables para el ejér-

LA ESPERANZA

¿Qué sería la vida entre los seres racionales si en nuestro corazón no albergásemos la esperanza? ¿No sería uno de los más grandes sufrimientos que experimentaríamos los humanos, y que poco a poco nuestra voluntad y energía decaerían en tal forma que el progreso y desarrollo de los pueblos, que todos deseamos, sería imposible? Vivimos con la esperanza; en el mundo todos esperamos algo. El marino espera con alegría llegar a puerto; el jugador espera buena suerte; el amante espera la cita; el niño espera ser hombre, y el hombre cansado, decrepito y viejo, espera con resignación la muerte. ¡Sí, todos esperamos algo!

cito teutón, podrían ser la mecha que prendiera en la revolución comenzada en Rusia, y como reguero de pólvora extenderse a toda Europa cuyos pueblos, aun los de las naciones neutrales como España, sufren grandemente las consecuencias de la guerra, empeoradas por sus aprovechadores los grandes capitalistas y por unos cuantos agiotistas y acaparadores de productos.

No tenemos grandes confianzas en el pueblo alemán, como hemos dicho; pero de la misma manera que con su sumisión al kaiser arrastró a otros pueblos a la guerra, podría darse el caso ahora de ser arrastrado por éstos a la revolución. Y trocándose su sumisión en rebeldía, no sería extraño que se distinguiera en la revolución como en la guerra.

La inmiscuación en el conflicto guerrero de una nación más, como los Estados Unidos norteamericanos, a pesar de que la voluntad de no mezclarse en los conflictos de Europa dominaba desde hace más de un siglo en la política norteamericana, lo que no ha sido óbice para negociar en dichos conflictos *comercialmente* con grandes cargamentos de municiones, causa de los ataques de los submarinos alemanes, la entrada de esta nación en la guerra, decimos, no creemos sea de un efecto decisivo para la victoria de la *entente* sobre los imperios centrales; materialmente solo podrá lograr el aumento de unos cuantos miles de víctimas más sepultadas en la inmensa tumba oceánica, y moralmente, contribuir, aunque involuntariamente, a la rebelión de los pueblos más castigados por el flagelo manejado por los monarcas y Gobiernos de Europa, uno de cuyos mayores tiranos ha caído ya al soplo del huracán revolucionario que empieza.

El expresidente Taft, de regreso de una excursión de *propaganda* por los Estados del Sudoeste, ha dicho: «Alemania nos ha obligado a hacer la guerra. La sola palabra de paz es inconveniente, cuando nos hallamos ya en estado de guerra. No jugaremos a la guerra como se juega al billar: haremos nuestro deber hasta el final.»

Y es verdad: una cosa obliga a otra; los jugadores alemanes dicen que se han visto *obligados* a torpedear los buques norteamericanos por el comercio de materiales de guerra que esta nación neutral ha venido haciendo con Inglaterra y Francia; de ahí la *obligación* que a su vez tienen los yanquis de entrar en *juego* en esta guerra. Si; la palabra «paz» es inconveniente ya en esta guerra porque ella es la salvación de los que la provocaron; es más conveniente la palabra «revolución». Verdaderamente la guerra no es un juego de billar, pero en ella se dan *carambolas* como la *commune* de París en 1871, y como la actual revolución rusa. Son consecuencia de los malos juegos, que lo son todas las guerras, cometidos por los que quieren llevar el *juego* hasta el final...

El gobierno de una nación, la mayor de América, se prepara a la guerra, haciéndose ésta mundial.

El pueblo de una nación, la mayor de Europa, ha empezado la revolución como consecuencia de la guerra.

(Cuatro líneas censuradas).

Pero no basta solamente esperar. Nosotros, los obreros, que luchamos por nuestra emancipación, que confraternizamos con el más sublime ideal de justicia y equidad, somos los llamados a apartar los obstáculos que obstruyen el camino, de abonarlo, a fin de que esta esperanza de redención que todos tenemos sea lo más pronto posible un hecho, ayudando a la marcha ascendente y evolutiva del progreso.

Empecemos por elevarnos intelectualmente y por nuestro propio esfuerzo, dando de paso al traste con todo lo arcaico, inclusive las religiones y enseñanzas patrióticas que a tan desastrosos fines conducen; que los obreros, como expropiados de la riqueza social, todos, hasta los de allende las

fronteras, somos espiritualmente hermanos, y la vejación, la injuria a unos, es vejación, es injuria a todos. Y así, cuanto más nos elevemos hacia las concepciones racionales y humanitarias, más y más irán descendiendo las religiones con todos sus nefastos defensores, Capital y Estado, hasta desaparecer para siempre en las lóbregas tinieblas de donde surgieron.

Al engrandecerse el hombre con sanas lecturas y ennoblecido por buenos ejemplos, se despojará de su antigua vestimenta moral llena de errores inmorales y de miserias, llegando a la suprema perfección. En una palabra, el hombre entonces será el único y verdadero dios, justo y amoroso, usufructuador equitativo de todo lo que Natura ha creado.

Yo, expropiado obrero, vislumbro esta futura sociedad cuyo emblema será el amor y la igualdad de medios para todos.

En esto está mi anhelo, esta es mi esperanza.

JUAN GENIS

CRÓNICA

Miseria, fatiga y odio Cosas vividas

... Y los topes humanos iban llegando, jadeantes, por pequeños grupos, arrastrando el cuerpo a duras penas, con paso tardío y mirar vago, vidrioso, indescriptible.

Iban llegando rendidos, extenuados... La lividez cadavérica de sus rostros me producía escalofríos.

Ella es debida —me explicaba un desgraciado a quien a consecuencia de un desprendimiento amputaron una pierna, a cambio de la cual le dieron un certificado de inútil y quinientas doce pesetas en concepto de indemnización—, al polvo cobrizo y al humo asfixiante de la dinamita.

Aquellos que iban llegando no eran hombres. Lo fueron en otro tiempo. Antes de bajar a los pozos oscuros. Cuando por primera vez, su silueta, hundiéndose en las entrañas de la tierra, desapareció entre las lóbregas obscuridades de la galería inmensa para brindar toda su fuerza, todo su vigor a la voracidad del monstruo subterráneo, principiaron a dejar de serlo...

¡Cuánto tiempo de aquello!... Después, lentamente, día por día, fueron dejando la sangre, los nervios, los músculos, la voluntad...

Todos los elementos, todos los atributos, todas las facultades que constituyen «el hombre» han ido goteando durante años entre bloques de mineral, licuadas por el esfuerzo salvaje, insostenible, que desequilibra, que destruye, que mata, y que ellos, no obstante, tienen que realizar por un salario de hambre.

Y, diariamente, lo suyo, lo que ellos dejaban en la mina sin cesar, en forma de sudor, ha ido a los Altos Hornos junto con el cobre.

Ahora lo guarda en sus arcas la Compañía, convertido en oro inglés...

Yo jamás había visto un conjunto de seres que ofrecieran, todos por igual, un aspecto tan impresionante, tan horrible, tan espantoso.

Yo no podía mirar aquellos labios pálidos, contraídos por una mueca de dolor, cual si acabaran de entonar un himno melancólico a la miseria y a la muerte...

Yo no podré nunca olvidar la sensación de angustia que las miradas de aquellos ojos hundidos, envenenados, casi apagados, me produjeron al posarse, insistentes, sobre mí.

Me parecía leer en ellas tristezas infinitas, conmovedoras, incalculables, y odios que no estallan, que no toman cuerpo y forma por temor, y sollozos que se ahogan por vergüenza.

Me parecía adivinar bajo los párpados rugosos y amarillos, reflejos más o menos vivos de protesta, de la natural y santa protesta del humilde contra la prepotencia del poderoso que le impone, al amparo de la fuerza, condiciones afeitadas y degradantes.

No es posible —me decía— que olviden esos hombres el vivir sin luz, sin

aire, sin sol, sin alegrías, a que les han condenado.

No pueden olvidar que todo eso, unido a la bazofia con que se nutren, a la pocilga que habitan y a la acción tóxica del humo de la dinamita y del polvo cobrizo, empobreciendo la sangre, aumentando los glóbulos blancos, disminuyendo los rojos y minando los pulmones, ha convertido su organismo, antes vigoroso, en un trozo de desecho, que pronto será arrojado, ni más ni menos que el del mineral...

Pues si no lo olvidan —según pensando—, ¿qué esperan esos hombres? ¿Por qué una revuelta airada, tumultuosa y violenta no pone coto a la infamia de que son objeto?

¿Por qué no levantan la frente con altivez, con orgullo, con altanería?

¿Por qué no producen trepidaciones formidables, afirmando rotundamente su derecho a la vida?

¿Por qué no dicen en alta voz que están cansados de que se juegue impunemente con su sudor y con su sangre?

¿Hasta cuándo serán sumisos, resignados y cobardes?

Cierto que una revuelta para que sea eficaz, para que surta efectos saludables, necesita de la fuerza, y ellos dejaron la suya en las canteras de cobre subterráneas.

Pero, en cambio, hacen volar todos los días, en fragmentos, montañas de mineral...

Y mientras esos pensamientos contradictorios se agitaban en mi cerebro, sentíame como anonadado bajo el peso de la tremenda injusticia de que pude tener idea, contemplando aquella carne enrojecida y destrozada en plena juventud, que había llenado ya el local completamente.

Abrió el acto el presidente, y tras breve presentación, me concedió la palabra.

**

Durante dos horas estuve zarandeando sin miras, sin consideraciones, sin piedad, al execrable verdugo bajo cuya férula cruel gimen aquellos infelices hace años...

Durante dos horas estuve explicando las mil formas en que podrían hacerle morder el polvo, que es lo único que él puede esperar fundadamente, si mañana despierta un poco la dormida conciencia, el odio profundo, feroz, cerual, que sus salvajes procedimientos han acumulado en el pecho de sus pobres víctimas.

Durante dos horas estuve escupiéndolo en pleno rostro al negrero nauseabundo, a la momia repugnante, al delincuente vulgar de podrido corazón, que cobra doscientas cincuenta mil pesetas al año para empuñar con sus zarpas ensangrentadas el látigo infamante del tirano y flagelar con él el rostro demacrado, enjuto, famélico de los esclavos.

La autoridad estaba en acecho, pero yo no sabía ni quería tener en cuenta las consecuencias que de mi atrevimiento podían derivarse.

Yo representaba en aquel momento la Justicia y el Derecho frente al crimen y la iniquidad entronizadas con insultante soberbia.

Jamás tuvo para mí tantos atractivos el peligro.

Y gozaba lo indecible apostrofando al asesino y llamándole por su nombre.

No habría cambiado por todo su oro el gusto de pisotear en público su omnipotencia, y de ensuciarle ostensiblemente, como un guñapo...

Al levantarse para salir, aquellos hombres parecían menos viejos, menos lívidos, menos tardos en el andar, como si mis rebeldías hubieran tenido la virtud de rejuvenecerlos, ingertándoles nueva savia.

Y mientras sus dedos sarmentosos apretaban mi mano fuertemente, yo observaba sus ojos, menos hundidos, y en ellos brillaban rayos de ira.

La última en despedirse de mí fue una mujer anciana, demacrada y andrajosa. Temblaba, emocionada.

En sus ojos, al mismo tiempo que la ira, brillaban unas lágrimas.

Las lágrimas de aquella mujer me produjeron el efecto de una puñalada.

Hubiera querido en aquel momento, que el venero de riqueza incalculable que destruye lentamente una legión de

miserables y de oprimidos, quedara convertido en informe montón de escombros, arrastrando, al precipitarse, al tirano y a sus sahueros.

Hubiera querido tener en mis manos toda la dinamita que se emplea durante un año en arrancar mineral, y ser capaz, sin bajar a la mina, de emplearla en un segundo.

EUSEBIO C. CARBÓ

Huelva, abril 1917.

Razonando

El redactor de *Solidaridad Obrera*, José Negre, discute desde las columnas del diario con razonamientos, mi artículo «Desviaciones funestas».

A pesar de lo escrito por Negre, creo que las afirmaciones que yo escribí quedan aun en pie, por cuya causa, poco habría de contestar; pero hay otras nuevas afirmaciones por parte suya, que me impelen a escribir de nuevo, esperando de antemano que siempre la razón y la verdad (o al menos, tanto por parte de él como mía), la busca de la verdad, imperará en la discusión.

Hago esta advertencia, porque tengo noticias de hojas insultantes para mí, por la publicación del artículo origen de esta discusión, artículo que no insultaba a nadie y menos aún estaba escrito en un lenguaje incorrecto.

Bien.

Dice Negre en su primer artículo, que yo he cometido una ligereza al decir que «cuando los redactores del diario abandonen sus apasionamientos proseguiré discutiendo», pues que no es responsable toda la redacción de los artículos que publique uno de los redactores. Veamos. El mismo día que apareció el segundo artículo de Andreu, publicaba *Solidaridad* otro original titulado «La ola de la calumnia», original que no venía firmado y que era acaso más apasionado que los de Andreu. El hecho de no ir firmado hace suponer que era de redacción.

¿Fue, pues, una ligereza lo por mí escrito o lo es lo escrito por Negre?

Y ahora entremos en materia.

Creo o supongo Negre, que sólo conozco el sindicalismo de oídas y de los libros, habiéndolo vivido poco o nada.

Lo conozco de las tres formas aunque no sea profundamente, pero sí lo bastante para poder ratificar las afirmaciones de mi artículo «Desviaciones». El sindicalismo que yo conozco de los libros es casi aceptable; casi, no aceptable del todo. El de oídas es contradictorio y nunca lo tuve en cuenta. El que yo he vivido es el que más me ha asqueado, pues no hay nada que mate más las energías individuales que el querer sumarlas a una colectividad, falta, la mayoría de las veces, de energías.

De aquí que yo crea que el sindicalismo está en crisis; la carencia de energías en los sindicatos les anula, les hace fracasar. Fracasar, sí.

Precisa ahora hacer señalar diferencia entre el sindicalismo y el anarquismo, ya que Negre supone que igual hubiera fracasado el anarquismo, según mi lógica.

Anarquismo y sindicalismo, aunque algunas veces estén aunados, hay entre ellos siempre una distancia enorme, grandísima. Pensemos en lo que suponen ideológicamente uno y otro y nos daremos enseguida cuenta de cuán distintos son.

Esta diferencia, hace que pueda fracasar el uno a cada paso y que el otro no fracase nunca.

Porque el anarquismo, pudiéramos decir que es una idea madre, una idea con finalidad propia, y el sindicalismo es solo un medio, sin ninguna finalidad para el futuro. Aclaremos este punto. El sindicalismo, todas las fibrilidades que tiene, son del momento, de todos los días, de cada lucha; para el futuro, su única finalidad es desaparecer. Es sólo una modalidad de la lucha, y, por tanto, cuando no lucha, cuando lucha y pierde, fracasa. Podrá levantarse, luchar otra vez, pero hay que patentizar siempre su fracaso.

El anarquismo no fracasa nunca. Un ejemplo.

Unos cuantos individuos, un sindicato, muchos sindicatos hacen una huelga. Se cansan, se agotan los medios